

Escritores militares y Militares escritores

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga

ANDRES ALLENDESALAZAR Y BERNAR

Coronel Auditor - Ejército Español

Siempre ha sido no solo compatible, sino muy de alabar, el cultivo de las letras por los militares, tanto los que pueden llamarse «escritores militares», porque se ocupen de las materias propias de la profesión castrense, como los que han abarcado también otros aspectos de la literatura, que pueden calificarse de «militares escritores». Y, entre los que han escrito sobre materias bélicas, o haciendo historia de la guerra, ha habido siempre quienes han relatado las campañas en que, con mando supremo, con mandos intermedios o como simples combatientes, habían tomado parte. Pero generalmente se han escrito estas obras en épocas posteriores a esas campañas y, en muchos casos, después de retirados sus autores, por edad o por circunstancias diversas, de la activa participación en las acciones de guerra.

Lo que en pocos casos ha ocurrido y casi puede señalarse como excepcional es el hecho de escribir esos relatos según iban ocurriendo los hechos, guerreando todo el día y escribiendo por

la noche la relación de lo ocurrido. No es probable que Julio César escribiese sus **Comentarios a la guerra de las Galias** mientras guerreaba en aquellas regiones.

El caso de don Alonso de Ercilla y Zúñiga tiene varias singularidades; una de ellas es esa: la simultaneidad entre los hechos de guerra y la redacción de su historia, que iba escribiendo, unas veces por las noches (muchos de sus «Cantos» terminan diciendo que la relación de lo siguiente «queda para el siguiente «Canto», por encontrarse ya cansado y con sueño», otras, en breves momentos de relativa pausa entre marchas y combates, y, como él mismo indica, apuntando sus versos en papeles sueltos, en trozos de cuero, en hojas de árboles, que sabía, por los indígenas, que servían para el caso, y aun, en marchas, escribiendo sobre el arzón del caballo.

Y, además, no eran una sencilla redacción en prosa, como las de los demás escritores de Indias o de otras

guerras, sino constantemente en verso correcto, fluido y sonoro, lo que supone en él no solo una gran facilidad para la improvisación poética, sino, además, una voluntad y una constancia notables, pues el versificar los sucesos y comentarios del día «sobre la marcha» supone un obstáculo más que él gozaba en vencer, tanto como los que le ponían los araucanos en su porfiada resistencia de cada día.

Otra de las particularidades de la obra literaria militar de Ercilla es que se le considera, con razón, no solo como un gran poeta español, sino además como el primer poeta de Hispanoamérica, y no solo por los chilenos, sino, en general, por todos los iberoamericanos, que le tienen también como gloria suya. No hay que olvidar que los chilenos actuales son, en general, descendientes de los compañeros de Ercilla y de los demás conquistadores y civilizadores de las Indias. Siempre será poco lo que se insista en señalar la diferencia esencial entre la emancipación de los países de América y la llamada «descolonización» actual en otros continentes. Pues esta «descolonización» de ahora consiste o tiende a la expulsión de los europeos, que civilizaron y en algunos casos «crearon» esos países que encontraron en estado de «prehistoria» y régimen de tribu, y aspiran a que queden en ellos solo los aborígenes, y, en cambio, la emancipación americana consistió en que los europeos (españoles y portugueses en Sudamérica e ingleses en el Norte, llamados «criollos») quisieron regirse por poderes establecidos en su territorio en

vez de que los gobernasen desde Madrid, Lisboa o Londres. Es posible que esa emancipación americana fuese prematura e inoportuna, pero ese es otro problema diferente.

Lo cierto es que los descubridores, exploradores y conquistadores de aquel Hemisferio tienen su descendencia y continuación en los actuales ciudadanos de esas naciones y, por tanto, éstos van considerando, cada vez más, como glorias suyas las de esos civilizadores y fundadores de su país, a diferencia de lo que sucede en los territorios que ahora se «descolonizan» y tratan de arrancar y borrar todo rastro de esa acción de las naciones civilizadoras.

Pero, además, por lo que haya de fusión de razas, la española y la india (pues en Chile no son problema los negros, que apenas existen) tienen todos los chilenos y americanos, en general, motivo y razón para considerar como obra referente a todos ellos el poema **La Araucana**, porque Ercilla, en un rasgo muy propio de la caballería española, celebra con admiración las cualidades de valor y amor a la independencia de los adversarios, pues siendo una cualidad muy española la de luchar hasta que pueda parecer temeridad en defensa de su propia independencia, siempre ha inspirado respeto y hasta cierto modo simpatía esa misma actitud en los enemigos cuando combatían con valor y tenacidad por sostener la suya. Y los araucanos eran raza fuerte y gente decidida y dieron prueba de ello, ya que otros pueblos de las Indias no tuvieron ni tanto tesón ni tanta virilidad.

Don Alonso de Ercilla y la Torre de Ercilla, en Bermeo.

Mucho se ha escrito, y no vamos a extendernos ahora, sobre la figura de don Alonso de Ercilla, pero sí conviene precisar algunos datos en puntos sobre los que, a veces, incurren en error los que de su personalidad hablan o escriben.

Ha habido quien se ha proclamado «descendiente directo» de don Alonso de Ercilla, pero lo cierto es que no dejó descendencia alguna que le sobreviviese de su único matrimonio con doña María Bazán, pues su unigénito, don Diego, murió en el desastre de la Gran Armada, de veintiún años y soltero. Lo que pudiéramos llamar su representación viene a corresponder a sus próximos parientes el linaje de señores de la torre de Ercilla.

Don Alonso no nació en dicha torre, ni fue propietario de ella, como algunos han entendido, pero vivió mucho en ella en tiempos de su abuelo paterno don Martín Ruiz de Ercilla, señor de dicha torre, y de su tío, hermano mayor de su padre, don Juan Pérez de Ercilla, y siempre se consideró como ligado a aquella mansión de su familia, y a su condición de vizcaíno y de bermeano, y en la descripción que hace en el canto XXVI de *La Araucana*, de muchas naciones y ciudades de todo el mundo, se contiene el párrafo que dice: «Mira a Bermeo, cercado de maleza —Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto — los anchos muros del solar de Ercilla — solar, antes fundado que la Villa» (en algunas edicio-

nes la redacción varía algo, y dice «y tu torre de Ercilla, sobre el puerto — de las altas montañas encubierto»). Es decir, que siempre proclamó su veneración y cariño al solar de sus mayores, con el que se consideró vinculado. La torre, que, efectivamente, se alza sobre el puerto de Bermeo, dominando todas las edificaciones de la villa, fue, naturalmente, heredada por el primogénito de la casa, el citado Juan Pérez de Ercilla, tío de don Alonso, y continuó en los descendientes de dicho señor hasta hace muy pocos años, en que ha sido cedida a la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya, en condiciones muy favorables para la entidad adquirente, para recuerdos históricos de Ercilla, y el llamado «Museo del Pescador», que es en realidad un pequeño, pero muy interesante museo naval, y arreglado, con acierto, como homenaje a la memoria de tan célebre descendiente de la casa.

El padre de don Alonso, don Fortún García de Ercilla y Arteaga, segundo-génito de su casa, fue una figura importante en el reinado de Carlos V, notable jurisconsulto, al que el emperador y rey quiso tener siempre en sus Consejos de Castilla y de las Ordenes, alcanzando en ellos la mayor categoría. Fue regente de Navarra y caballero de Santiago; casó con doña Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla; de este matrimonio nació en Madrid don Alonso de Ercilla y Zúñiga, que desde muy joven fue designado como gentilhombre al servicio del príncipe don Felipe, luego Felipe II, al que acompañó en paz y en guerra por mu-

chos países de Europa (antes de subir este rey al trono, y también durante su reinado).

Antes y después de la campaña de Arauco, don Alonso viajó con misiones militares y diplomáticas por diversos países, entre los que él cita: Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Hungría, Estiria y Carintia...

Y lo que prueba su carácter y espíritu militar es que, pudiendo haber seguido viviendo en esa situación de lucimiento y de vida en las Cortes de Europa, prefirió abandonar esta clase de actividades para ir a luchar, precisamente donde la guerra se presentaba más dura, en regiones inexploradas y otras recién descubiertas, y en una lucha que aparecía como la más dura, contra una raza que se presentaba como la más fuerte, vigorosa e indómita de todas las que poblaban las Indias en los momentos en que acababa de demostrar sus condiciones al apoderarse y destruir las ciudades fundadas por Valdivia y sus compañeros.

Para ello pidió y obtuvo formar parte de la expedición que mandaba Jerónimo de Alderete, que marchaba a castigar y contener a los araucanos, después de esos hechos en que aquellos indígenas se encontraban tan envalentonados que, en su ignorancia de toda geografía, decían que iban ellos a invadir España como si fuera una tierra de aquellos contornos.

Arauco y los araucanos.

Como describe Ercilla en el primer «Canto» de su epopeya, la región de

Arauco estaba poblada por dieciséis tribus (o «naciones», según el léxico de aquella época), mandadas por sus respectivos caciques, y no tenían rey, ni jefe común, para el conjunto de ellas, más que para caso de guerra, en que nombraban lo que llamaríamos un general en jefe. Los caciques eran señores absolutos y hereditarios en sus respectivas fracciones, y su preocupación mayor era tener guerreros preparados para la lucha; así es que, desde niños, los probaban en ejercicios físicos y de valor, en que se demostrase que tenían condiciones para la guerra, y éstos quedaban libres de toda otra clase de ocupación o trabajo y se ejercitaban y adiestraban para la empresa bélica. «Los cargos de la guerra y preeminencia — no son por flacos medios proveídos — ni van por calidad, ni por herencia — ni por hacienda y ser mejor nacidos, — mas la virtud del brazo y la excelencia — esta hace a los hombres preferidos — esta ilustra, habilita, perfecciona — y quilata el valor de la persona.» Así lo explica Ercilla en el citado «Canto primero».

Una cosa curiosa es que, dentro de lo primitivo y rudimentario del uso de armas que se conocían, estaba en germen el principio de «especialización» en el uso de cada arma que hoy día se proclama conveniente en los modernos y complicados medios de combate; y así dice Ercilla: «Cada soldado una arma solamente — ha de aprender y en ella ejercitarse — y es aquella a que más naturalmente — en la niñez mostrase aficionarse: — de ésta solo procura diestramente — saberse apro-

vechar y no empacharse, — en jugar de la pica el que es flechero — ni de la maza y flechas el piquero.» Luego describe (y sería largo el transcribirlo) el modo de combatir en filas cerradas, propio de la época y de aquellos medios, pero muy arreglado a las condiciones del país y de las armas en uso.

Ese pueblo robusto y celoso de su independencia no había podido nunca ser dominado por ninguna de las otras razas de aquel Continente, y habían fracasado los poderosos Incas del Perú cuando lo habían intentado.

Al llegar los españoles, mandados por Valdivia, la superioridad de los nuestros, y especialmente la presencia de los caballos y de las armas de fuego, impresionó tanto a los araucanos, que se sometieron amedrentados; pero algún tiempo después, al observar que no eran inmortales ni «superhombres», perdieron el temor y el respeto y empezó la sublevación (que lo era, pues ya había mediado sumisión previa). No entra, en el objeto de este trabajo el relato circunstanciado de los episodios de aquella guerra (que tan exacta y minuciosamente expone don Alonso en su poema, con el taque y destrucción por los araucanos de las ciudades fundadas por los españoles, la muerte de Valdivia y los reveses de las fuerzas mandadas por Villagrán, con la heroica resistencia de los nuestros contra un número tan superior de enemigos, etc., todo ello anterior a la llegada de Ercilla, con la expedición enviada por el virrey del Perú, marqués de Cañete, y mandada por su hijo don García Hurtado de Mendoza. Entonces

empieza la actuación militar de Ercilla en Arauco y su labor literaria simultánea, pero también describe lo ocurrido antes de su llegada, con todo detalle, pues lo fue conociendo por sus compañeros, y, por lo que se refiere a las decisiones y sucesos internos de los araucanos por los prisioneros y los indios que servían a los españoles (los “yanaconas”). Luego sigue historiando, poética, pero realmente, todo lo que acontecía en su tiempo, aunque no celebre los actos personales suyos de valor, que se conocen por otros conductos, sí lo hace con detalle de nombres toda la actuación de cada uno de sus compañeros y aun de los enemigos, citándolos a todos por sus nombres y con los golpes que dieron o recibieron cada uno en cada batalla.

Describe la erección del fuerte, llamado Penco, junto a la Costa, donde se defendió, al frente de otros 130 españoles, contra ocho mil araucanos, mandados por su gran jefe Capoulicán, y también el avance que siguió a la liberación de ese fuerte. Se sabe que don Alonso de Ercilla se distinguió siempre y especialmente en los combates de Larraquete, las Lagunillas, Millarapués, entre otros, y en el paso del desfiladero de Cayupil, donde su personal actuación cambió la situación de derrota en completa victoria de los españoles, y todo ello en una lucha dura y nunca interrumpida con un enemigo fuerte y tenaz y en un terreno extraordinariamente difícil.

No sólo fue guerrero, sino también descubridor, pues formó parte de la expedición que llegó a los extremos sur

del Continente, a las islas de Chiloe, y aún Ercilla, con diez soldados a sus órdenes, pasó en una piragua («barco deslastrado», dice él) y cruzó el calificado por todos de «peligrosísimo paso» del Desaguadero, y regresó «a la dejada compañía», o sea que se incorporó al grueso de la expedición después de dejar grabada con un cuchillo una octava en que aludía al hecho y que reprodujo en su poema.

Por una disputa que tuvo con otro caballero, en la que llegaron al ademán de desenvainar las espadas delante del general, que lo era don García Hurtado de Mendoza, éste lo tomó a desacato, por considerarse representante de la autoridad del rey, y le condenó a muerte, lo que luego conmutó por prisión y al poco por destierro, que lo fue de lo que puede llamarse Cuartel General o capital del territorio de su mando, y don Alonso lo cumplió combatiendo en los frentes más avanzados, y después acudió al Perú, dispuesto a luchar contra el traidor Lope de Aguirre, aunque cuando llegó había sido ya Aguirre preso y ajusticiado.

Disgustado de todos modos con Hurtado de Mendoza, regresó Ercilla a España, y en Madrid ordenó, terminó y publicó su poema, que dedicó al rey don Felipe II, que aceptó la dedicatoria, y le empleó en otras empresas, como luego veremos.

«La Araucana»

Este poema, dividido en treinta y siete «Cantos», lo iba escribiendo, como hemos dicho, en plena y dura lucha

guerrera. En él va narrando con detalle todos los episodios de aquella guerra, con consideraciones sobre los deberes y cualidades que deben tener los militares, y otras de carácter general, con alto espíritu patriótico, y deriva también a comentar sucesos contemporáneos de aquellas lides y otros asuntos que le pareció bien comentar.

Es curioso el observar que muchas frases en verso que han pasado al léxico corriente y que pasan ante la mayoría de las gentes como procedentes del «saber popular», tienen su origen en el texto de **La Araucana**. Citaremos como ejemplo aquella máxima de «El miedo es natural en el prudente — el saberlo vencer es ser valiente», que suele pasar por frase de uso inmemorial, cuando lo cierto es que está sacada del Canto VII de **La Araucana**, y así otras muchas, lo que demuestra que, a pesar de su extensión y texto tan detallado, debió ser el poema bastante leído.

Otra característica de la obra de Ercilla es su admiración por la entereza y valor de los araucanos, pues si siempre pondera con razón y entusiasmo las hazañas de los españoles (sin dejar de censurar en algunos casos lo que le parece que así lo merece), no ahorra elogios al enemigo por el valor con que defendían su independencia. En el prólogo de la segunda parte (y esta vez en prosa) dice: «Todo lo merecen los araucanos, pues más de treinta años que sustentaron su opinión, sin haberseles caído las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades

ni riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenían, por no dejar gozar de ellas al enemigo, mas sólo defendieron unos terrones secos (aunque a veces regados con nuestra sangre) y campos incultos y pedregosos.»

Ercilla nunca llama «salvajes» a los araucanos, sino siempre «bárbaros», que es como los romanos llamaron a los que tienen otro modo de vida ajena a la civilización «nuestra», es decir, «extranjero», en el sentido de costumbres y mentalidad «extrañas», pero no «salvaje», que supone un estado carente de toda clase de rudimento de civilización.

Otra particularidad de la obra de Ercilla es que, por noticias que tuviera o por su propia fantasía, se entretiene en describir largamente las discusiones y disputas que tuvieron entre sí los araucanos sobre la forma u ocasión de hacernos la guerra, y sobre todo sobre la designación de quién de ellos debía mandarlos, y les atribuye largos y floridos discursos, en los que, dejándose llevar por la moda literaria de su siglo, se atribuye a veces citas y alusiones de la mitología clásica, greco-romana. También se deja llevar de la fantasía poética al relatar sus supuestas conversaciones con «el mago Fitón», que le muestra en una bola de cristal sucesos pasados, presentes y futuros, en todas las partes del mundo, y ve desde allí (como sería hoy día en la «Televisión») la campaña y triunfo de Felipe II en Portugal y la descripción de todas las naciones y ciudades principales del mundo,

que es verdaderamente una curiosa lección de Geografía de todo el planeta en las circunstancias de aquel siglo.

El último «Canto»

En el Canto XXXVII, último de *La Araucana*, después de celebrar nuevamente la sumisión de Portugal a Felipe II, como su legítimo soberano, y de enumerar someramente sus propios servicios, dice don Alonso de Ercilla: «Mas ya que de mi estrella la porfía — Me tenga así arrojado y abatido — verán al que por la derecha vía — la carrera difícil he corrido; — y aunque más inste la desdicha mía — el premio está en haberlo merecido — y las honras consisten no en tenerlas, — sino en solo arribar al merecerlas.»

Gran verdad esta última, que no todos saben comprender, pero algunos han creído entender que Felipe II tuviera postergado a don Alonso y tomado como argumento de la supuesta ingratitud de los reyes con sus leales servidores, que tanto se ha tergiversado y exagerado, como en el caso de Colón y otros, pero lo cierto es que, después de escrita *La Araucana*, el Rey, a quien se la entrega y dedica, distingue de un modo señalado a don Alonso de Ercilla, otorgándole el hábito de Santiago, concesión que entonces no se prodigaba, y que también como distinción notable había ostentado su padre don Fortún, y le tuvo ocupado en importantes y honrosas misiones, no sólo de examen y aprobación de libros, como los de Garcilaso y Herrera, sino en delicadas negociaciones de Estado, como en las

DE LA ARAUCANA

Los cargos de la guerra y preeminencia
No fon por flacos medios proueidos
Ni van por calidad, ni por herencia
Ni por hazienda y fer mejor nacidos
Mas la virtud del braco y la excelencia
Efta haze los hombres preferidos
Efta illuftra, habilita, perficiona
Y quilata el valor de la perfona.

Los que eftan a la guerra dedicados
No fon a otro feruicio cóftreñidos
Del trabajo y labranca referuados
Y de la gente baxa mantenidos,
Pero fon por la leyes obligados
De eftar a punto de armas proueidos
Y a faber dieftramente gouernallas
En las licitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas exercitadas
Son picas, alauardas y lancones
Con otras puntas largas en haftadas
De la factión y forma de puncones
Hachas, martillos, macas barreadas,
Dardo, fargentas, flechas y baftones
Lazos de fuertes mimbres y bexucos
Tiros arrojadizos y trabucos.

Página 4 de la edición príncipe.

referentes a las pretensiones de los duques de Brunswick y las desavenencias entre el Justicia de Aragón y el virrey de dicho reino, conde de Sástago, y otras en las que con gran tacto y éxito demostró ser tan hábil diplomático como valeroso guerrero.

Lo que sin duda amargó, en parte de su vida, el ánimo de Ercilla fue quizá el no haber podido seguir hasta el fin la guerra de Arauco, y proba-

blemente su ilusión hubiera sido completar la sumisión y pacificación de aquellas tierras, y aun quedar allí, con mando, en nombre del rey, gobernando enérgica, pero paternalmente, a aquellas gentes a las que dedicaba, en cierto modo, simpatía por su valor y cierta forma de caballeridad, y gobernarlos en aquellos lugares, donde con tanto entusiasmo y tantas fatigas había luchado. Nunca olvidó que por don García Hurtado de Mendoza vio interrumpida su actuación en Arauco, y por ello «olvidó» el nombrarle en todo su poema, cosa que don García tampoco olvidó.

Pero si en el otro mundo cupiera que se tuviera consuelo por motivos terrenos, podría tener don Alonso de Ercilla el consuelo de saber que ni los araucanos, ni los chilenos, ni los españoles actuales, hemos tenido ocasión de conocer el fin de la guerra de Arauco, por la sencilla razón de que esa guerra no ha terminado. Constantemente se leen noticias de encuentros armados entre los araucanos, que se mantienen como insumisos en parte de su territorio, de un lado, y de otro las tropas chilenas. Es decir, que guerra que se inició bajo el mando de Valdivia y en la que luchó y a la que historió en sus versos don Alonso de Ercilla, continúa entre los tenaces araucanos que en ciertas zonas son todavía hostiles y rebeldes, con sus costumbres bárbaras, sus creencias supersticiosas, fomentadas por sus «magos», aunque seguramente con armamento más moderno que las picas y las flechas de los tiempos de Capoulicán, en lucha

con los representantes de la civilización, representada ahora por los militares chilenos, el Ejército más ejemplar de Hispanoamérica, en el que forman muchos descendientes de los compañeros de Valdivia y de Ercilla, que puede decirse que, en cierto modo, son españoles, aunque ahora dependen no de un Gobierno de Madrid, sino de Santiago.

Esta continuidad en el espíritu hispano prueba lo que adelantábamos en las primeras líneas de este trabajo al decir que no puede tomarse como antecedente de las actuales tendencias, llamadas de descolonización (en que se expulsa o anula a los europeos que formaron y civilizaron los pueblos de otros continentes), la emancipación de los países de América, hecha por los mismos europeos que en ellos se habían asentado.

Esta diferencia favorable a la evolución americana se debe a que España supo formar estas nacionalidades sin racismos, por haber sabido durante varios siglos adaptarlas y adaptarse los conquistadores a una unidad espiritual y durante aquella época (llamada impropriamente «colonial», pues no fueron «colonias», sino Reinos de «Ultramar», y debe llamarse «época monárquica»), no eran necesarias revoluciones ni violencias para castigar los abusos de cualquiera clase, porque sabían los virreyes, gobernadores y demás autoridades que sobre ellos estaba la justicia del rey, con su Consejo de Indias, y, como dice don Alonso de Ercilla en el «Canto IV» de *La Araucana*: «sólo diré que es opinión de sabios — que donde falta el rey sobran agravios.»

(Tomado de la Revista "Ejército" España)

La llave que se usa constantemente reluce como la plata; no usándola se llena de herrumbre. Lo mismo pasa con el entendimiento.

(Franklin).